

El recuerdo

EN EL AHOGADO DE LA LUZ

A Blas de Otero

En alta voz
hablaste y en silencio cara a cara
y con la muerte puesta
a condición del aire y de la rabia
y de la lágrima
que fue un subir al hombre
Desde el mar
fuera a fuera ceñido a un horizonte
y fuego esa ceniza
que ahora deshago en trozos polvoriento
razón y choque de capítulos
en sombra
desde el mar dentro a dentro del hombre
que corrige aquel instante
No quiero
que esta fuerza que nos diste
calle en mí
ni que en el ruedo esa sangre redonda
sea siempre

Ahora callo en grito el silencio derramado
entre tus manos
hecho dolor el frío el viento el fondo
de tu pelo
y de tus horas
y la verdad de aquella breve playa
en el ahogado de la luz

Así
en las olas puestas en tu mano recibe
al que no fue
al que esto escribe
al que no supo estar al que no espera
al que no duerme o vive
al que no muere

Blas de Otero
al fin ya todo hombre para siempre

Recíbete a tí mismo
por un día
en cada uno de nosotros
descansa
lucha sangra vive ama
y duele
padre hermano hijo compañero
hombre

amigo

Blas de Otero

Espera que ya vamos

CARLOS AURTENETXE
27. 4. 1.986

De haber vivido hasta hoy, Blas de Otero tendría setenta y dos años. Y se lo imagina uno allá en Majadahonda, distraído, viendo pasar ante la ventana una nube sin rumbo, un pájaro también indeciso, mientras lo envuelve como surgida del aire una melodía de Schubert, que era un músico al que amaba. Cuando llega un amigo hasta su casa, allá tan lejos, él pregunta otra vez por Bilbao, porque las tenaces pasiones de amor y odio se conservan hasta la ancianidad. Y creo que el amigo no puede confirmar las palabras del poeta y decirle que la villa sigue siendo "adusta y beatona", pero tampoco puede aliviarle el destierro con misericordiosas visiones de la nueva realidad. El mundo es como es.

Y hablando de mundo, tú, Blas, lo habías recorrido de punta a cabo y, aunque dices en uno de tus poemas que te pasas a "Paris por debajo del Puente Colgante", lo cierto es que París no fue sino uno más de tus infinitos itinerarios. Así es como a veces nos llegaba tu voz como congelada desde las estepas de Rusia; otras veces se calentaba tu verbo con el ron tropical de Cuba; o te escondías en los jardines del Palacio Imperial de Pekín; o aparecías repentinamente a asomarte a nuestra lluvia en un vuelo directo desde Budapest o Moscú. Y luego te ibas, siempre en un largo viaje, en un larguísimo viaje, como si tuvieses miedo a echar raíces definitivas.

Estos días se cumple el centenario del nacimiento de otro gran poeta europeo, Fernando Pessoa, y a uno se le ocurre jugar a eso de las vidas paralelas. Tú, que estuviste muchos años huyendo de Bilbao, buscando no se qué bálsamo para las heridas que te causó:

*Te padecí hasta el ahogo,
Bilbao: tu cielo, tus casas
negras. Y tu hipocresía.
No; no volveré.
Quemaste mi juventud
como un trapo viejo*

Tú, Blas, cumpliste tu promesa de morir en otra parte. Tengo ante mis ojos ese tremendo poema en que nos anuncias tu próxima y definitiva partida: